

LECTURAS PARA NIÑOS Y JÓVENES

Compilación

María Cristina Ruiz Echeverri



Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

LECTURAS PARA NIÑOS Y JÓVENES



Compilación
María Cristina Ruiz Echeverri



LECTURAS PARA NIÑOS Y JÓVENES



LECTURAS PARA NIÑOS Y JÓVENES

ISBN:

© María Cristina Ruiz Echeverri

© José Zuleta Ortiz

Clara Luz Roldán

Gobernación del Valle del Cauca

Leira Giselle Ramírez Godoy

Secretaría de Cultura

República de Colombia

Coordinador Editorial

José Zuleta Ortiz

Ilustradora

Luz Arango Restrepo

Diseño y Diagramación

Daniela Santamaría Campo

Primera edición, noviembre de 2020

Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin autorización de
los editores y de los propietarios del
copyright



CONTENIDO

Presentación	9
Para los padres y docentes	11
LAS PALABRAS SON JUGUETES	17
Juego para hacer coplas	19
RETRUÉCANOS Y JUEGOS DE PALABRAS	23
CUENTOS PARA CONVERSAR	79
El reloj	81
El juego de Persia	89
Variación alrededor de “Que pase el aserrador”	99
Maternidad	109
Solos silbando por la selva	115
La rifa	125
Recreación de un cuento del siglo XII	133

PRESENTACIÓN

Este libro es una herramienta para que padres de familia y docentes lean con sus hijos. En él encontrarán juegos de palabras, coplas populares y cuentos. Es una herramienta de formación y de actividades lúdicas con las palabras.

La infancia y la juventud son la edad de la formación de los valores y del carácter de las personas, también es la edad en la cual adquirimos el hábito de la lectura. Se dice que las artes son el instrumento para la educación sentimental, es decir: para la educación de los sentimientos. Una sociedad que apoye el acceso y la práctica temprana de las artes es una sociedad con mejores individuos, con mejores personas.

Por ello desde la Secretaría de Cultura el departamento del Valle del Cauca apoyamos y promovemos la práctica y el acceso a las artes. Las tradiciones populares son parte del acervo cultural y una de las tareas de esta administración es su conservación. Aquí reunimos en un mismo libro juegos tradicionales, coplas canciones y cuentos para niños y jóvenes.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca.

PARA LOS PADRES Y DOCENTES

Disertación sobre literatura y lectura.

Qué hacemos cuando leemos literatura.

Notas sobre el lenguaje literario.

Durante la infancia, en el aprendizaje de la lengua materna, estamos como nunca en relación con el lenguaje literario. Es en esos primeros días de nuestra vida cuando descubrimos el poder de las palabras, comprobamos que basta con nombrar algo para que ese algo sea. Se nos hace cierto aquello de que “una palabra tuya bastará para sanarme”. Experimentamos que el lenguaje es música y jugamos con él, y con la música que produce. Nos apasionamos por esa maravilla que parece fundar el mundo a medida que sale de nuestros labios. Decir agua es crear el agua. Decir pájaro es crear el vuelo. Decir noche es convocar los miedos. Decir luz es disipar las sombras. Escuchamos palabras nuevas y las recibimos como juguetes extraordinarios. Las hacemos nuestras y comenzamos a jugar con ellas. Hay

algo más maravilloso todavía: esas dádivas nos ayudan a tener una experiencia que se transforma y que podemos transformar. Durante la infancia trocamos los sentidos de las palabras nos complacemos con sus sonidos los invertimos, los modificamos y reímos con nuestras osadías. Nunca como en la infancia estamos tan cerca de realizar plenamente lo que más tarde intentamos en vano hacer los escritores.

Después viene la educación y todo aquel esplendor termina. Entramos en ese proceso en el cual nos volvemos serios y se nos enseña contra nuestra voluntad y contra toda evidencia vital que la palabra cuerpo quiere decir cuerpo. Es como si en cambio de escuchar todas las notas y sus posibles combinaciones nos obligaran a escuchar una sola de ellas. O como si en cambio de ver todos los tonos e intensidades de los colores nos obligaran a ver todo gris.

La relación con el lenguaje literario, con el poder de las palabras y su uso libre y poderoso ocurre en la infancia y por ello todos tenemos un antecedente de relación con el lenguaje literario, así luego la vida nos convierta en profesionales, políticos, militares o científicos.

En algunos ejercicios de escritura que se realizan con niños podemos ver con claridad el poder literario de esas primeras escrituras.

Hace poco leí unos ejercicios en los que se pedía a niños de seis años que escribieran una carta al niño Dios. Recuerdo algunas: Querido Dios ¿de verdad eres invisible o eres mago? Otra decía : Quería que me contaras ¿cómo te diste cuenta de que eras Dios?.

Y otra que decía “A lo mejor Caín y Abel no se mataban si tuvieran una habitación cada uno”. También es notable la selección de textos del taller de escritura infantil de Javier Naranjo en el cual se pide a los niños que den el significado

de algunas palabras. Una niña escribió al definir la palabra iglesia. “Es el lugar donde todos vamos a perdonar a Dios”. Otro niño definió distancia diciendo: “distancia es cuando uno está lejos y el otro está cerquita”. Una niña dijo que beso “es cuando ya no hay que hablar”. otro niño dijo al definir la palabra cielo: “Es la casa de las estrellas”. Así se llama el libro.

En estos escritos vemos que su fuerza reside en la clara y natural aceptación de la propuesta. En la sincera y total aceptación de lo que se dice y se piensa. Y sobre todo en la ausencia de prejuicios o de rigor lógico.

En literatura todo es posible. El escritor propone un juego y el lector acepta el juego. Cuando uno lee “bajamos de la nave en Júpiter, una noche de tormenta”. El autor nos está proponiendo un convenio, si seguimos leyendo lo hemos aceptado. ¿Que aceptamos al seguir leyendo?: que llegaron a Júpiter, que en Júpiter hay noches y hay tormentas. Y que estamos dispuestos a una historia que transcurre en el ámbito de lo fantástico, pues nadie ha realizado, que se sepa, viajes a Júpiter. Lo que no aceptaríamos es que nos diga más adelante que “la tranquila mañana que llegamos a Júpiter” porque nosotros sabemos ya que fue una noche de tormenta. Así el texto literario propone cualquier realidad, la más extraordinaria, pero establece también unas reglas de juego.

Si nos preguntamos en donde reside la fuerza y verdad de lo que escribieron estos niños podríamos decir que en la aceptación plena de lo que se les propuso. Si se trata de escribir a Dios, hay que aceptar que Dios es alguien con quien se puede entablar un dialogo, alguien a quien preguntar, un igual diferente. Y entonces suceden con sencillez las preguntas más tranquilas y más atrevidas.

Igual ocurre con los niños a los que se les propone definir el significado de las palabras.

Ellos son investidos del poder para definir lo que significan palabras que conocen y desde su experiencia las definen y producen al hacerlo una interpretación y una idea nueva sobre la palabra.

El lenguaje literario no pertenece a lo obvio ni a lo lógico ni a lo correcto. El lenguaje literario abre caminos, explora sentidos, y sobre todo toma riesgos que otros lenguajes no aceptarían.

En ese aspecto el lenguaje literario es vecino del humor. El humor juega con el lenguaje invierte su lógica, propone otras realidades, juega con el absurdo y por ello nos produce tanta satisfacción.

La creación con el lenguaje tiene mucho que ver con el juego y con el riesgo.

Oigamos a César Vallejo:

“Y mi madre allá en los huertos/
saboreando un sabor ya
sin sabor/
esta ahora tan ala /tan salida/
tan amor.

Aquí parece que Vallejo se niega a decir lo que se suele decir: “no tengo palabras para expresar lo que siento” y se arriesga a expresar lo que siente.

Es tan poderoso el lenguaje literario que todas las religiones están sustentadas en él. Los textos bíblicos son apasionantes piezas literarias. Hay algo humano que nos impele a habitar, a existir desde lo literario, una fuerza que nos impulsa a construir con palabras el mundo.

En El Génesis nos cuentan

*En el principio creó Dios los cielos y la tierra.
Y la tierra estaba desadornada y vacía; y las tinieblas
estaban sobre la faz del abismo; y el Espíritu de Dios se
movía sobre la faz de las aguas.*

Cosmología Kogui narra que...

*Primero estaba el mar,
Todo estaba oscuro.
No había sol, ni luna, ni
gente, ni animales, ni plantas.
El mar estaba en todas
partes.*

*El mar era la madre.
La madre no era gente, ni
nada, ni cosa alguna.*

*Ella era el espíritu de lo que
iba a venir y ella era
pensamiento y memoria.*

Así como estamos propensos a fundar el mundo con palabras también estamos dispuestos a creer en lo narrado, nos complacen las historias y creemos en ellas.

José Zuleta

**LAS PALABRAS
SON JUGUETES**

JUEGO PARA HACER COPLAS



Paso uno

leer una copla en voz alta.

Paso dos

Usar los dos primeros versos de la copla leída e intentar los dos finales.

Ejemplos:

Coplas populares de hispanoamérica.

*Sácame caballo moro
sácame pronto de aquí
porque me viene siguiendo
toda la guardia civil.*

Esta copla cruza a México, con esta versión:

*Córrele caballo pietro
sácame de este arenal
que voy a ver a Juanita
al otro lado del mar.*

En la Argentina, sirve hasta para las lides políticas:

*Sácame caballo blanco,
sácame de este arenal
porque me viene siguiendo
el partido radical.*

Hasta que al fin, en un criollo de Catamarca se redondea, impecable:

*Sácame caballo moro,
sácame pronto de aquí,
que si me sigue mirando
te vas a marchar sin mí.*

Copla de Manuel Mejía Vallejo

*Si la muerte es como el mar,
la vida es como la espuma:
que se bañe con totuma
el que no sepa nadar.*

El Juego consiste entonces en

Conservar los primeros versos:

*Si la muerte es como el mar,
la vida es como la espuma:*

Y proponer los que faltan

Ejemplo:

*Pa qué tanto trajinar
Déjame mirar la luna.*

Otro ejemplo:

*Por oriente nace el sol,
tras los ramales la luna;
y en el Río Cauca arriba
nacen cantos de la espuma.*

Completar la copla

*Por oriente nace el sol,
tras los ramales la luna;
El cachorro que me diste
Duerme conmigo en la cuna.*

RETRUÉCANOS Y
JUEGOS DE PALABRAS

De la tradición popular

EL COCO

Compadre, cómpreme un coco.

Compadre, coco no compro,
que el que poco coco come,
poco coco compra.

Yo, como poco coco como,
Poco coco compro.

MARIA CHUCENA

Chucha Chucena
su choza techaba
y un techador
que por allí pasaba
le dijo:

- Chucha Chucena,
¿Tú techas tu choza
O techas la ajena?

-Yo techo mi choza,
no techo la ajena;
que techo la choza
de Chucha Chucena.



PINTOR

Pedro Pablo Pinto Piñango
pinta paisajes por poco precio;
pero para poder pintar,
pide prestado pinceles,
pide prestado plata
para permutarla por pintura.

LA INSTITUTRIZ

La institutriz Miss Trestros
ha pegado un gran traspies
por subir al treinta y dos
en lugar del treinta y tres.

ESDRUJULAS

En las montañaras
de Catalúñara,
en las murállaras
junto al Ferrol
hay un convéntoro
de religiósaras
que son facciósaras,
yo no lo soy.

Yo tengo un dúoro
y una pesétera
para gastar.

También un cóchere
con siete múlaras
y un delantétero
para pasear.

Vámonos, niñara,
hacia la plázara,
hay un festín.
si festín hábera,
mi pecho cántara
y adiós señórara,
me voy sin ti.

EL DICHO

Me han dicho que tú has dicho
un dicho que yo no he dicho;
el dicho yo no lo he dicho
ni por mis labios pasó.
Si yo hubiera dicho el dicho,
muy bien dicho estuviera el dicho
por haberlo dicho yo.

AL PERRO DE SAN ROQUE

Al perro de San Roque
le falta el rabo
porque Ramón Ramírez
se lo ha robado.



SIBIRI QUITI...

Al nombre de pila se le agregan unos sonidos o sílabas. Por ejemplo, con Carmen y Claudia.

Carmen	Claudia
armen	audia
cagarmen	cagaudia
del alto	del alto
altarmen	altaudia
síbiri	síbiri
quitarmen	quitaudia

LORI BILORI

Lori bilori,
vicente colorí,
loribín,
contramarín,
picarisote,
afuera chicote.

CIELO ENLADRILLADO

El cielo está enladrillado.
¿quién lo desenladrillará?
El desenladrillador que lo desenladrillare.
buen desenladrillador será.

UNA GARZA GARFIÑABA

Una garza garfiñaba
con cinco garfiñafitos;
cuando la garza garfiñaba,
garfiñaban los cincos garfiñafitos.

A JUAN CRIMA

A Juan Crima
le dio grima
al quedarse ayer con crema.
se la come por encima
y tiene razón Zulema,
mucho crema come Crima.

BRINQUE UNA TAPIA

Brinqué una tapia,
brinqué una huerta,
comí miel y hierba seca.

COMPADRE, COMPRE USTED...

Compadre, compre usted poca capa parda;
que el que poca capa parda compra,
poca capa parda paga.
Yo, que poca capa parda compré,
poca capa parda pagué.

QUE COL...

Qué Col colosal
Colocó aquel coco
en el cocal

QUIEN BIEN QUIERE...

Quien bien quiere Beltrán
bien quiere a su can.

PACO PECO

Paco Peco,
chico rico,
le gritaba
como un loco
a su tío Federico,
y éste dijo
poco a poco:
Paco Peco,
poco pico

ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA

El arzobispo de Constantinopla
se quiere desarzobiconstantinopolizar;
aquel que lo desarzobisconstantinopolizare
buen desarzobisconstantinopolizador será.

TRES TRISTES TIGRES

Tres tristes tigres tragaban
tres trozos de grasa
y tres hombres miraban
con ganas de caza.

LOS TRES TIGRES

En un triste plato de trigo
Comían tres tristes tigres.



DOÑA PANCHIVIDA

Se canta con música de la “La donna e mobile”, aria de la ópera Rigoletto de Verdi.

Doña Panchivida
Se cortó un dévido
Con el cuchívido
del zapatévido.

Varios (*o el resto del grupo*) contestan en coro:

Y su marívido
se puso brávido
porque el cuchívido
estaba amellávigo.

UNA PAJARA PINTA...

Una pajarita pinta, pirulinta piripante y
bonita,
tenía hijos puntos pirulintos piripantes y
bonitos.

Si la pajarita no fuera pinta, pirulinta
piripipante y bonita,
no hubiera tenido sus hijos pintos, pirulintos
piripiantes y bonitos.

MUÑECA

Yo tengo una muñeca
pezcuecipelicrespa;
el que la despezcuecipelicrespara,
buen despezcuecipelicrespador será.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

El Presidente de la República
avisa al público de la República
que el agua pública se va acabar,
para que el público de la República
lleve agua pública
de la República
a la ciudad.

LEVANTATE, MORENITA

Levántate, morenita;
levántate, resalata.
Levántate, morenita,
que ya viene la mañana,
levántate
que la mañana ha llegado,
qué dulce sueño que tienes,
levántate, morenita,
levántate de la cama,
levántate.

AGUA PIDE...

Agua pide el labrador
y el marino pide viento,
y la triste lavandera
agua y sol al mismo tiempo.

QUE LLUEVA...

¡Que llueva, que llueva,
la virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

¡Que sí, que no,
que caiga el chaparrón
ron, ron, ron!

EL ARBOL

Yo era el árbol, daba sombra,
cargaba flores y nidos.
Y ahora para que pases
Me he tendido sobre el río.

ME GUSTA CAROLINA

Me gusta Carolina
y olé
con el pelo cortado
y olé
parece una paloma
y olé
de esas que van volando
y olé.

YO TENGO UN LAZO AZUL

Yo tengo un lazo azul,
todo de seda.
Mamá me lo compró
en una tienda.

Yo tengo una flor blanca,
toda de raso.
Papá me la cogió
al ir al campo.

El agua me ha deshecho
la flor y el lazo.
¡yo lloro por la flor,
la flor del campo!

José Luis Hidalgo

POR DORMILON

Dormía un ratón contento
cuando lo vio un gato hambriento.
Y esta es la mitad del cuento.
¡Zas!, ¡un salto! Y al momento
ya el gato no estaba hambriento.
Y aquí se acabó mi cuento.

CUANDO LLUEVE

Cuando llueve
agua, mayo,
agua, mayo,
y maíz para mi caballo.

A LA LUNA

Luna, luna, dame un real
que tengo visita
y no tengo que dar.

Luna, luna, dame pan.
-No te doy por haragán.

Luna, luna, dame medio
que estoy enfermo
y no tengo remedio.

Luna, luna, dame queso.
-No te doy porque está tieso.

TAMBORERO

Pom, pom
el rabito del ratón,
la vaca pintada
y el toro cachón.

RUIDO Y SOL

Banda, la banda, bandera,
banda, la banda, tambor,
tambor y la tropa entera,
toda bañada de sol.

Carlos Luis Sáenz

LOS SAPITOS

Los sapos en la laguna
huyen de la tempestad;
los chiquitos dicen: tunga,
y los grandes: tungairá.
¡Sapito que tunga y tunga,
Sapito que tungairá!



LAS OVEJAS

Dicen el borreguillo:

-Meeee.....

Responde la oveja:

-Queeee.....

Contesta el borreguillo:

-Voy.....

Responde la oveja:

-Veeen.....

Los carneros dicen:

-Meeee.....

Responden los que oyen:

-Mañana te comeré
y pasado también.

PIA EL POLLO...

Pía el pollo: pío-pío,

Y el puerco: o-o-o;

quiquiriquí canta el gallo
y la gallina: clo-clo.

NANA DE LA CABRA

La cabra te va a traer
un cabritillo de nieve
para que juegues con él.
Si te chupas el dedito,
no te traerá la cabra
su cabritillo.

Rafael Alberti

TERRONCITO DE ALFEÑIQUE

Botín de pitiminí;
Si no estás enamorada,
enamórate de mí.

CUNA DE LOS ELEFANTES

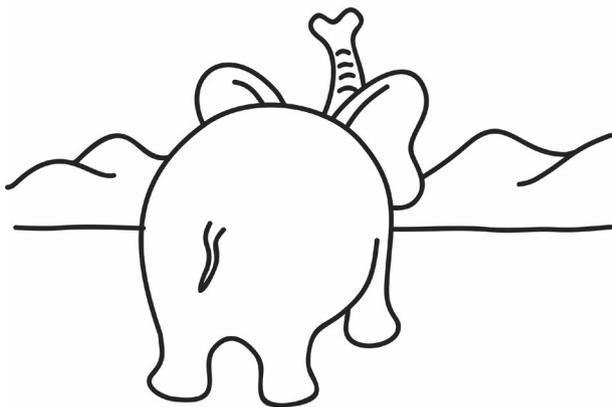
El elefante lloraba
porque no quería dormir...
-Duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír...

Papá elefante está cerca,
se oye en el manglar mugir;
duerme, elefantito mío,
que la luna te va a oír...

El elefante lloraba
(con un aire de infeliz)
y alzaba su trompa al viento...
Parecía que la luna
Se limpiaba la nariz.



Adriano del Valle



LA VARA 'E COLETA*

El sapo se fue a la tienda;
compró una vara 'e coleta;
se hizo camisa y calzón;
a la sapa, camiseta;
y sacos a los sapitos,
de los recortes chiquitos.

AL CAERSE UN DIENTE

Ratón, ratoncito,
Ahí te mando este dientico:
cámbiamelo por otro más blanquito.
O también:
Ratón, ratón,
toma mi diente de leche
y cámbiamelo por otro de hueso.

QUIEN ESTA...

¿Quién está en el tejado?

El gato colorado.

¿Cómo hace al maullar?

Miau, miau, miau.

¿ Y cómo al arañar?

Ris-ras, ris-ras.

LOS CANGREJITOS GUERREROS

Los cangrejos guerreros
por la tierra y por el mar.

Por la mar y por la tierra,
siempre listos a guerrear:

Soldaditos en la arena,
marineros en la mar.

De negro van los más fieros,
Y de rojo el capitán.

Fernando Luján

EL GIRASOL

¡A dormir,
a la mar,
caracol!

¡A dormir
a la flor,
colibrí!

¡A girar,
girasol!

¡Que sí,
que no,
con la luna y el sol!

Fernando Luján

EN EL DÍA DE MI CUMPLEAÑOS

En el día de cumpleaños,
1, 2, 3 y 4
es la cuenta pequeñita
de mis años.

Si la saco,
con la ayuda de los dedos,
tengo 1, tengo 2,
tengo 3 y tengo 4.
¡Tengo todos estos años!

Germán Berdiales

EL HIPO

¡Por él se levanta
mi pobre garganta...!

El hip... hip... hip... hipo...
(¡Qué tipo molesto
Si lo llevo puesto!)

Elsa Isabel Bornemann

CASA

Ventanas azules,
verdes escaleras,
muros amarillos,
con enredaderas
y, en el tajadillo,
palomas caseras.

Clemencia Laborda

LA PAVA Y LOS PAVITOS

¿Pavitos, nos vamos?
Sí, sí, sí
¿Qué llevamos de avío?
Fiao, fiao, fiao.
¿Y si nos van a coger?
Huir, huir, huir...

LA GALLINA

Yo tenía una gallina,
cocorocó,
diez centavos me costó,
cocorocó,
la compré por la mañana,
cocorocó,
por la tarde se murió,
cocorocó.

No lloro por la gallina,
cocorocó,
ni tampoco por la plata,
cocorocó.

Yo lloro por los pollitos,
cocorocó,
que gritaban pío, pío,
cocorocó,
al quedarse tan solitos.

VALS EN LAS RAMAS(*Fragmento*)

Cayó una hoja
y dos
y tres.
Por la luna nadaba un pez.
el agua duerme una hora
y el mar blanco duerme cien.

Federico García Lorca

¡AY, LA VAQUITA DE ORDEÑO!(*Fragmento*)

¡Ay, la vaquita de ordeño,
tan mansa, tan silenciosa!
¡Cómo lame al becerrito
Y cómo mueve la cola!

¡Ay, la vaquita de ordeño,
de ubre de rosa y de espuma,
y leche tibia que huele
a yerbas de llanura!

Manuel Felipe Rugeles

CUANDO LLORO

Cuando lloro,
una lágrima
se escapa.
La acompaña
una pestaña.
¡Se escapa!
¡Se escapa!
¿Quién la atrapa?
¡Ah!
Aquí llega Don Pañuelo
y en su vuelo
enamorado,
a la lágrima
-fugitiva-
se ha acercado.
La lágrima
es una bella dama
que mucho ama
a Don Pañuelo...
Por eso,
cuando escapa,
en su vuelo,
enamorado, él atrapa.

Elsa Isabel Bornemann

MORITO PITITON

Morito Pititón
del nombre virulá
ha revuelto con la sal,
la sal y el perejil
perejil, don, don,
perejil, don, don,
las armas son.
Del nombre virulí,
del nombre virulón,

CANCIONES DE NATACHA

1

Se enojó la luna, se enojó el lucero,
Porque esta niñita riñó con el sueño.

Duérmete, Natacha, para que la luna
Se ponga contenta y dé aceitunas.

Duérmete, Natacha, para que el lucero
Te haga una almohadita de albahaca y romero.

2

El sueño hoy no quiere venir para acá;
anda, ratoncito, a ver dónde está.

Señora, mi ama, yo lo vi bailar
con dos damas rubias en la casa real.

Dile que Natacha se quiere dormir,
que mi niña es buena como un serafín.

Que venga en seguida y le daré yo
un collar de plata y un limón de olor.

3

Por los caminitos de Jerusalén.
va un niño rubio camino a Belén.

Le dan los pastores tortas de maíz,
leche de sus cabras y pan con anís.
El niño tiene los rizos de luz.
Duérmete, Natacha, sueña con Jesús.

4

Pajarito chino de color añil,
canta, que mi niño se quiere dormir.

Pajarito chino de color punzó,
calla que mi niño ya se durmió.

5

La señora luna le pidió al naranjo
un vestido verde y un velillo blanco.

La señora luna se quiere casar
con un pajecito de la casa real.

Duérmete, Natacha, e irás a la boda
peinada de moño y traje de cola.

6

Señor, jardinero, deme usted a mi
un capullo pálido y otro carmesí.

Los pondré en la almohada donde mi Natacha
hunde su mejilla rosadita y blanca.

Y al día siguiente tendrá usted así
dos rositas blancas y dos carmesí.

7

Por los campos verdes
de Jerusalén
va un niño rubio
camino Belén.

Le den los pastores
tortas de maíz,
leche de sus cabras
y pan con anís.

El niño tiene
los rizos de luz.
¡Duérmete, Natacha!
¡Sueña von Jesús!

Juana de Ibarbourou

COPLAS POPULARES

El pintar un pajarito
es una facilidad;
que cante y abra su pico,
ésa es la dificultad.

Mi comadrita la rana
ayer se puso a bailar
con su colita templada
y su carita “rosa”.

Señores, no canto más,
porque me voy a dormir;
si quieren, cómprense un mono,
porque los va a divertir.

EL SAPITO GLO-GLO-GLO

Nadie sabe dónde vive.

Nadie en la casa lo vio.

Pero todos escuchamos

al sapito: glo... glo... glo.

¿Vivirá en la chimenea?

¿Dónde diablo se escondió?

¿Dónde canta cuando llueve,

el sapito Glo – Glo- Glo?

¿Vive acaso en la azotea?

¿Se ha metido en un rincón?

¿Está bajo de la cama?

¿Vive oculto en una flor?

Nadie sabe dónde vive.

Nadie en la casa lo vio.

Pero todos escuchamos

cuando llueve: glo... glo... glo.

José Sebastián Tallón

PARA RECITAR CUANDO LLUEVE

¡Agua, San Marcos!
¡Señor de los charcos!,

Para mi triguito
que ya está bonito;
para mi cebada,
que ya está granada;

para mi melón,
que tiene botón;

para mi patilla
que ya está florida;

para mi aceituna
que ya tiene una...

¡Agua, San Marcos!
¡Señor de los charcos!

LA LUNA

Yo vi la luna grandota;
así.. yo la pude ver.

Pero estaba tan arriba,
que no la puede coger.

ME CANSO

-Me canso,
dijo el ganso.

-Me aburro,
dijo el burro.

-Me pongo el gorro,
dijo el zorro.

EN EL PAIS DEL NOMEACUERDO

En el país del Nomeacuerdo
doy tres pasitos y me pierdo.

Un pasito para allí,
no me recuerdo si lo di.

Un pasito para allá,
ay, qué miedo que me da.

En el país del Nomeacuerdo
doy tres pasitos y me pierdo.

Un pasito para atrás
y no doy ninguno más
porque ya me olvidé
dónde puse otro pie.

En el país del Nomeacuerdo
doy tres pasitos y me pierdo.

María Elena Walsh

CANCION DE CUNA

La ovejita me,
la ranita crua.
Duérmete, mi nene,
que es muy tarde ya.

El gallito quí,
la gallina co.
Ya se durmió el nene,
arrorró, arroró.

La vaquita mú,
el canario pí,
en mis brazos, nene,
duerme, duerme, así.

Marcos Leoborich

A LA LATA...

A la lata, al latero,
a la hija del chocolatero.
a la a, a la a,
Mariquita no sabe hablar,
A la e, a la e,
Mariquita no sabe leer,
A la i, a la i,
Mariquita no sabe escribir,
A la o, a la o
Mariquita no sabe el reloj,
A la u, a la u,
Mariquita eres tú.

LOS SENTIDOS

Niños, vamos a cantar
una bonita canción;
yo te voy a preguntar,
tú me vas a responder.

-Los ojos, ¿para qué son?

-Los ojos son para ver.

-¿Y el tacto?- Para tocar.

-¿Y el oído?- Para oír.

-¿Y el gusto? – Para gustar.

- ¿Y el olfato? Para oler.

-¿Y el alma? Para sentir.

para querer y pensar.

Amado Nervo

A veces los niños tienen juegos de “tacos” -o sea de formas geométricas de madera o plásticas. Las cualidades específicas de esos cuerpos se pueden demostrar jugando con ellos. La poesía, con su ritmo, su gracia, su consonante, puede venir en nuestra ayuda.

LAS FORMAS

Redonda, redonda,
rueda que rueda,
una alegre señora
es Doña Esfera.

Cuadrado, cuadrado,
sentado, sentado.

Don Cubo, muy serio,
está siempre callado.

Rodando y parando,
parando y rodando,
el Cilindro y el Cono
pasan jugando.

CANTARES

Ayer tarde estaba yo
entre las flores metido,
y entre claveles y rosas
me hallaba resplandecido.

Tan bonito mi negrito,
será porque yo lo quiero;
en un aposento oscuro
alumbra más que un lucero.

Anda vete si te vas...
Quedáte, no te quedés;
para la falta que hacés,
no importa que no volvás.

Ay, ay, ay,
que le luce su sombrero;
cómo no le va lucir
si le costó su dinero.

Una naranja madura
le dijo a la que era verde:
el que siembra en tierra ajena
hasta la semilla pierde.

El gallo en su gallinero
se sacude y luego canta;
el que duerme en cama ajena
tempranito se levanta.

Sobre la tierra la palma,
sobre la palma los cielos,
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.

Una cabra puso un huevo
y una gallina un cabrito,
y una mujer una mona,
y una mona un muchachito.

Dicen que el águila real
se pasa la mar volando,
yo me la atrevo a pasar
toda la noche cantando.

Unos dicen que buscando,
buscando es que se consigue;
y yo por andar buscando
le puse la mano a un tigre.

En las barrancas de Apure
suspiraba un morrocoy,
y en el suspiro decía:
Atájame que me voy.

Eres clavel, eres rosa,
eres clavo de comer,
eres aquel lucerito,
que sale al amanecer.

Cuando tengo real y medio,
brinco pa' lante y pa' atrás;
cuando tengo medio solo,
brinco pa' lante no más.

La audición de este largo poema de Rubén Darío produce a los niños, aun a los más pequeños, un verdadero encantamiento y estado de ensoñación. La primera estrofa crea ya una predisposición: el silencio y la atención. El resto fluirá como un cuento de hadas, mientras ellos navegan por el cielo de la fantasía. Poesía para el reposo del sueño.

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día

y un rebaño de elefantes,
un kiosko de malaquita,
un gran manto de tisú
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.
La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.
Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.
Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: “¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?
La princesa no mentía,
y así, dijo la verdad:
“Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad”.

Y el rey clama: “¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El señor se va a enojar”.
Y dice ella: “No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento

fui a la estrella y la corté”.
Y el papá dice enojado:
“ Un castigo has de tener:
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver”.

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.
Y dice: “ En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí”.

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.
La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Rubén Darío



QUIEREN OIR...

¿Quieren oír cómo hace el gallo?

¿Quieren oír?

El gallo hace así:

quiquiriquí, quiquiriquí...

¿Quieren oír cómo hace la gallina?

¿Quieren oír?

La gallina hace así:

cocorocó, cocorocó.

¿Quieren oír cómo hace la oveja?

¿Quieren oír?

La oveja hace así:

bee, bee, bee.

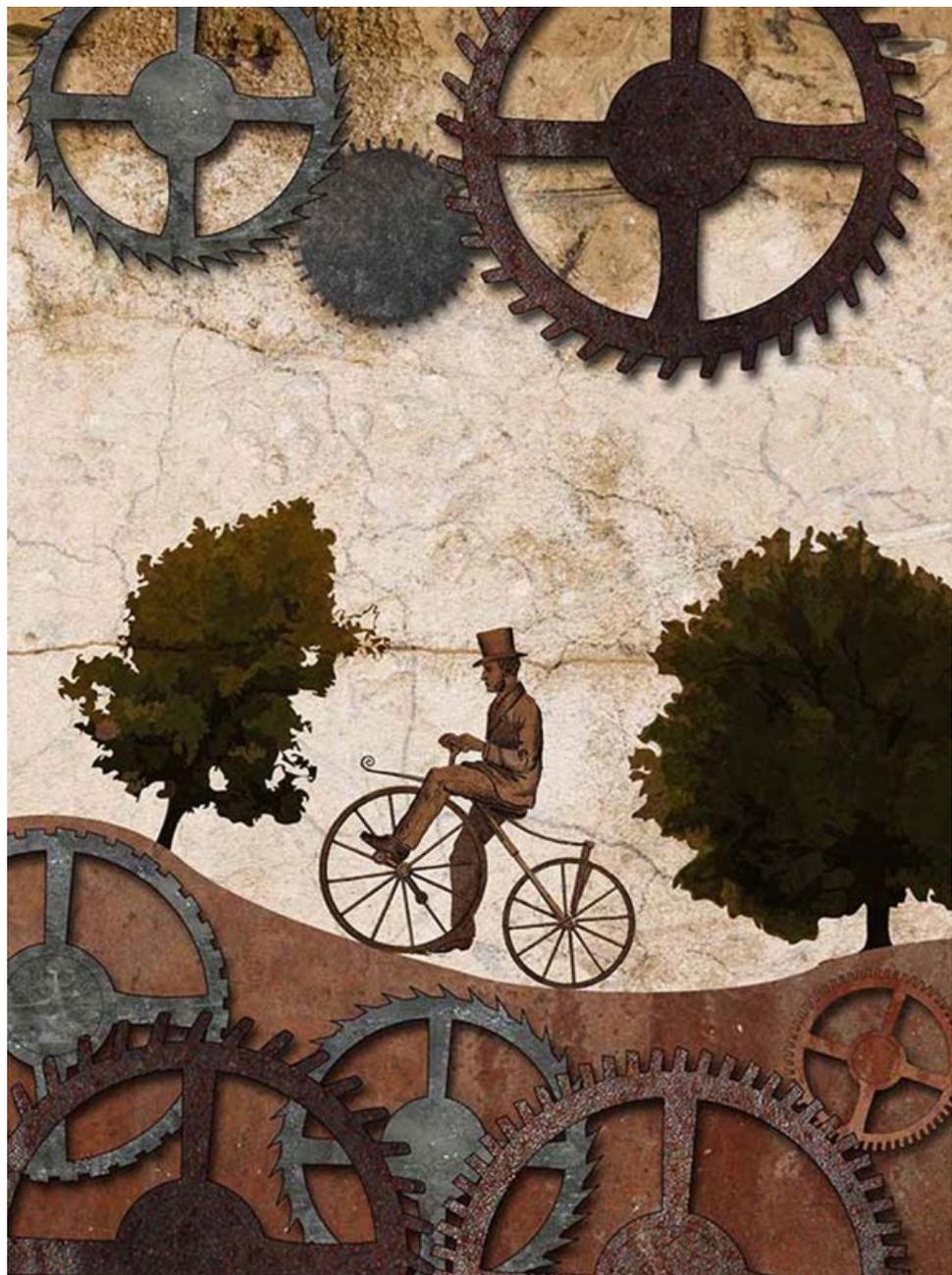
Y así puede seguir indefinidamente,
imitando voces de animales y jugando al
mismo tiempo.

TENGO UN SOMBRERITO

Tengo un sombrero
de paja muy fina,
lo cambié a la abuela
por una gallina.
La gallina come,
la gallina bebe,
pero el sombrero
ni come ni bebe.

V.E. Strambelini

**CUENTOS PARA
CONVERSAR**



EL RELOJ



Sol Colmenares llegó tarde a la repartición de la herencia del abuelo. Era la mayor de sus nietas y su preferida. Luego de leer el testamento, le correspondieron algunas antigüedades. Una lupa rusa de cristal empotrada en un marco de bronce. Una balanza para pesar oro y un cofre alemán de madera oscura, que tenía varios cajones secretos y que el bisabuelo usó hacia mil ochocientos cincuenta como caja fuerte. Leído y releído el testamento, y sin más bienes que repartir, Sol se llevó el cofre y sus otras herencias para la casa.

El cofre tenía un complejo mecanismo de seguridad en el cual, al abrir una sección o un compartimiento, se bloqueaba o desbloqueaba otro. Era un asunto de paciencia y observación. Sol quiso poder abrir todos los cajones secretos de aquel cofre. En realidad no era fácil. Nada sugería, ni la forma, ni el lugar en la arquitectura del cofre. Había que pulsar, halar, correr con sutileza y suavidad cada centímetro de madera y de pronto, un cajoncito se abría. Así encontró un sobre pequeño con el retrato de la abuela. En una pequeña caja halló un texto manuscrito que hablaba del tiempo y de la realidad. Sol no entendió nada. Finalmente, cuando ya no pensaba indagar, ni escrutar más, una noche, tras un golpe involuntario en un costado del cofre saltó una tablilla, y al

tirar de ella se abrió un cajoncito plano forrado en terciopelo, apenas justo para albergar un reloj de oro.

El reloj tenía una contramarca en la que se indicaba que había sido construido en Ginebra, Suiza, en mil ochocientos veintitrés. El tablero era negro como el ónix y las horas estaban marcadas con puntos iridiscentes. Tenía grabados en oro, sobre el fondo oscuro, solo tres números romanos: el cinco, el diez y el dos.

A Sol le pareció extraño que el reloj solo tuviera esos números marcados, cuando lo corriente es que se marquen el doce, el seis, el nueve y el tres. Le dio cuerda y el reloj comenzó a sonar; un tictac armónico, claro, preciso, comenzó a emerger del interior y Sol sintió que algo muy antiguo y calmo se despertaba.

La satisfacción que le produjo oír el reloj funcionando, la alentó a usarlo y guardó su reloj de pilas.

Durante esa semana llegó tarde a dos reuniones y se acostó y levantó más temprano que de costumbre. La pérdida de una cita con su jefe la llevó a sospechar que el reloj se retrasaba y decidió llevarlo a una relojería, allí le dijeron que ese reloj no podía ser revisado y menos reparado, pues su mecanismo era muy antiguo. Aunque muchos lo vieron, ningún relojero se animó siquiera a destaparlo.

Sol buscó su reloj de pilas y lo puso a la misma hora que el antiguo reloj de cuerda. Comprobó con precisión que el reloj heredado del abuelo se retrasaba entre quince y diez y nueve minutos, de lunes a sábado y los domingos media hora.

Entonces, tratando de salvar su joya, tomó la lupa y trató de leer en la contratapa del reloj y en los bordes del tablero para ver si obtenía algún dato del fabricante. En el borde inferior del puntero que gira las horas encontró la letra T. Nada más que eso, los otros textos eran 21 Jewels y Swiss Made. Sol escribió a una relojería de Suiza contando que tenía aquel

reloj. Pasó el tiempo y no hubo respuesta. Finalmente, una tarde cuando llegó a casa encontró un sobre bajo su puerta. Le respondían de la relojería suiza. Le decían que el reloj en cuestión no estaba en ninguno de los catálogos de las relojerías actuales, pero que un viejo relojero consultado por ellos quería ver el reloj. Sol con cierta inseguridad, pero alentada por la seriedad de la respuesta envió el reloj a una dirección de Ginebra. A un tal Amadeus Ellenrieder, que, según la casa de relojes, era la única persona que podía dar algún concepto sobre el reloj. Al final de la nota decía: Señorita Colmenares, debe apresurarse pues el señor Ellenrieder tiene noventa y dos años. El tiempo apremia.

Cuando Sol entregó a la empresa Deprisa el paquete, hizo a modo de despedida o de conjuro, una señal de la cruz.

Tres meses después lo había dado por perdido. Se la oyó lamentarse de enviar así, sin ninguna garantía, el precioso reloj del abuelo a un viaje sin retorno. En alguna ocasión, y como por no dejar, envió mensajes a la casa de relojes que lo recomendó, y al propio señor Ellenrieder, contando que era una herencia y preguntando por la suerte de su reloj y pidiendo que se le devolvieran cuanto antes.

Al quinto mes recibió un mensaje escrito en alemán que decía: Apreciada Sol, el reloj está en perfectas condiciones, es uno de los más finos y precisos de cuantos ha fabricado Suiza. Sin embargo usted dice que se atrasa de quince a diecinueve minutos por día y treinta minutos los domingos. He de contarle lo que ocurre y espero que usted sepa comprenderlo. El reloj fue construido en 1823, en aquel tiempo el tiempo era distinto, el universo cambia y el tiempo con él. Para hacer comprensible lo que ocurre a su reloj debo decirle que ahora hay menos tiempo, que el magnífico reloj de su abuelo marca el tiempo cómo era en aquellos lentos días. Comprenda que poner a galopar tan delicado mecanismo al

ritmo actual es algo a lo cual se niega con cierta razón el reloj de su abuelo. Lo de los domingos es apenas comprensible: tiene que ver con una costumbre que se perdió con el tiempo: dedicar media hora los domingos a cantar. El pobre reloj de su abuelo no sabe que eso ya no es necesario en los tiempos que corren. Todo se hace vertiginoso, la luz parece ir más rápido, lo veloz es más apreciado que lo lento. Sabe usted, Sol, que las estaciones eran más largas porque éramos más lentos. En los viajes conocíamos mejor los lugares por los que viajábamos porque íbamos más despacio. De todas formas los relojes ahora son más exactos y miden centésimas y milésimas de segundos, Como pudo ver, el reloj que heredó a su abuelo ni siquiera tenía segundero. A mí me gustan los segunderos; cuando los observamos se ve caminar el tiempo, me gusta ver cuando el segundero sube desde el nueve hacia el doce, y prefiero los segunderos que hacen una pausa en cada segundo, a aquellos que pasan de largo sobre las líneas de los segundos como cronómetros de un tiempo vertiginoso y sin pausas. En aquellos tiempos de su abuelo poco importaba un segundo. Me disculpará la tardanza en responder y la extensa misiva, pero a mi edad uno se toma su tiempo para todo, y la verdad, no tengo mucho con quién hablar de este tema apasionante. A la inquietud sobre los atrasos de su reloj sólo puedo decirle que el reloj está perfecto, el que no funciona es el tiempo mismo. Una última cosa, apreciada Sol, he pensado que si pudiera vivir al ritmo del reloj de su abuelo, se haría un bien. Llegue tarde, gaste de quince a diecinueve minutos mirando correr el agua del río, recordando los juegos de su infancia, o durmiendo una siesta. Los domingos camine por el campo o haga lo que el reloj quiere: Cante sin pensar en los tiempos que corren. T es una orden secreta a la que pertenecían los artesanos que construyeron el reloj y que tenían como misión guardar los secretos del tiempo.

Sol sorprendida y satisfecha, por las noticias, respondió el mensaje inmediatamente pidiendo al amable Amadeus que le enviara su reloj.

Tres meses después y cuando Sol empezaba a impacientarse, llegó un paquete con el reloj y otra nota del señor Ellenrieder. Sol leyó:

Apreciada Sol, quizás piense que retuve el reloj para tratar de ajustarlo a los actuales tiempos, pero no. Lo retuve para oírlo sonar, para sentir su música pausada, el ritmo de nuestros mayores, la sombra fresca del pasado hecha música. Fue un placer asesorarla en este asunto, y espero que entienda lo que los sabios de la secta T advirtieron: el tiempo que se marca no será nunca nuestro tiempo. Una última cosa, retiré el puntero que marcaba los minutos pues ahora que conoce como sus antepasados la cuestión, puede distraerla, se lo dice alguien que sabe del asunto; al tiempo es mejor no mirarlo. Ahora sabe que un buen reloj es un instrumento para oír la música del tiempo y el silencio es el tiempo que necesita la música para ser. Por último debes saber que todo este asunto comenzó cuando a nuestros antepasados les dio por meter el tiempo en una cajita.

Lectura y conversación sobre lo leído.

Familia Léxica de Reloj:

La Familia Léxica o Palabras Derivadas de Reloj son palabras que derivan de ella al añadirle Prefijos y Sufijos a su lexema, conservando parte de su significado como por ejemplo:

- Reloj: aparato para medir el tiempo
- Relojería: lugar donde se fabrican o venden relojes:
- Relojero: persona que fabrica o vende relojes
- Relojear: mirar tratando de no ser detectado
- Contrarreloj: carrera en la que gana el que hace mejor tiempo

Conversación sobre el cuento:

PREGUNTA CLAVE:

- ¿Qué es el tiempo?



EL JUEGO DE PERSIA



La batalla se había prolongado sesenta y cuatro días. Los guerreros estaban exhaustos, ninguno de los ejércitos cedía. La caballería diezmada por el hambre, la ciudad sin agua, miles de heridos deambulaban infectos. Los sabios disfrazados de clérigos no lograban ser atendidos por el monarca. Desde la torre, el rey miraba abatido e inmóvil a sus fuerzas dispersas, al fondo de la llanura alcanzaba a vigilar las columnas enemigas. El hijo del rey aún montaba su caballo, saltando trincheras, socorriendo a sus soldados. La reina subía y bajaba, ni siquiera la guerra alteraba su gracia. Entonces, el monarca de Persia ordenó al príncipe agrupar al ejército en el centro del campo. El enemigo pensó que aquello era señal de una rendición y se dispuso para recibir a un emisario.

Luego de la reunión de padre e hijo, en un acto suicida, el príncipe obedeciendo órdenes del rey, cabalgó a todo galope hacia las líneas enemigas, seguido por los pocos guerreros montados que le quedaban, y cuando vio al adversario, sin detener su carrera apuntó su lanza contra el monarca invasor. También aquella tarde los sabios y la reina combatieron. El rey enemigo murió. El príncipe de Persia también.

Victorioso y destruido, el rey no volvió a comer. La reina sumida en el dolor por la pérdida de su único hijo, y por la melancolía de su esposo, pidió a los sabios y matemáticos

de la corte que inventaran algo para disipar su tristeza. Así, siguiendo sus órdenes, durante muchos meses y con la ayuda de todos los genios del reino y, a todas luces, con algo de colaboración divina, se reunieron día y noche al sol y a la sombra.

Indagaron el secreto de la guerra, comprendieron su belleza escondida. Algo como la luz de la noche se apoderó de todo. Simetría y caos, azar y razón, certeza y extravío. En algún momento de aquella creación el sabio más viejo dijo: “los caminos del conocimiento son la mitad claros, la mitad oscuros”. Luego murió.

Sobre una pequeña puerta, pintada con sesenta y cuatro cuadros, la mitad negros la mitad blancos, entrevieron la eternidad y los abismos del tiempo. Movieron sobre las cuadrículas los primeros guijarros, después tallaron figuras para esclarecer las contiendas. La reina escuchó a altas horas, el marfil entrechocando con la pizarra oscura, y a los sabios les fue dado oír ruidos de guerras antiguas, el estruendo lejano de anteriores guerreros perdidos.

El recuerdo del príncipe de Persia gravitaba sobre la intensa batalla de la imaginación. Gobernando las manos, disponiendo la lógica, a veces conduciendo, a veces conducidos por los secretos de aquel juego naciente surgieron sus reglas.

Durante el tiempo de la creación, los sabios soñaron pesadillas absurdas en las cuales aparecía el tiempo enojado, el espacio huyendo del tiempo. De tanto en tanto, una voz superior se erguía y les enseñaba la gramática de la guerra. Bajo el árbol que daba sombra y abrigaba su inteligencia, los sabios sin saber cómo, lo supieron todo. Y al fin, exhaustos y conmovidos por los senderos insondables de aquel juego, entrevieron el misterio de la eternidad.

Así dieron luz a un juego infinito como la música, exacto y variable como el destino. Un juego hecho de tiempo, que

es diferente cada vez, según las manos que lo toquen. Y que a pesar de jugarse en un cuadrado pequeño y a la vez infinito, permite a los jugadores estrecharse las manos al final de cada partida, dispone de tantos caminos como la luz en el espacio. Un juego tan poderoso que aquellos que lo aprenden pierden el interés por la guerra, por el trabajo. Sus manos cambian las espadas y guadañas por extrañas figuras, olvidan a sus mujeres, y casi todos los asuntos humanos.

El rey de Persia, que se encontraba en aquella edad en que el vigor y la vejez se disputan el cuerpo, recibió en su palacio a un sabio a quién llamaban “Silencio”, hombre leve y de ojos profundos, que entregó un pergamino de cuero en el que aparecía dibujado el tablero de ajedrez y sus 64 escaques, acompañado por una bolsa de tela, la cual contenía treinta y dos figuras: la mitad blancas, la mitad negras. Fascinado con la invención, quiso mostrar su gratitud a los sabios y ordenó que pidieran lo que se les antojara, al final, aseguró con arrogancia que serían complacidos. Al día siguiente el rey recibió una nota que decía: “Obedecemos una vez más los deseos de su señoría. No deseamos ser compensados por nuestra invención, ella misma es suficiente retribución a nuestro esfuerzo. Para ser sinceros, gozamos mucho creando este juego, que como toda creación perdurable, sorprende a quien la realiza. Pero su majestad insiste en una retribución a todas luces innecesaria. Conocemos que sus órdenes no pueden ser desobedecidas y nos vemos en la innecesaria obligación de pedir algo para compensar nuestro invento. Sea pues satisfecho su capricho majestad. Pedimos por el primer escaque del tablero un grano de trigo, por el segundo dos, por el tercero cuatro y así sucesivamente doblando la cantidad de granos hasta llegar al número 64”. El rey rio. Se burló de la ridícula petición de los sabios. Ordenó a su secretario que calculara la cantidad requerida y la entregara esa misma

tarde. El secretario se retiró dispuesto a obedecer la orden. Una semana más tarde apareció ante el rey que se encontraba distraído jugando una partida.

—Querido señor, estamos en problemas.

—Espero que sea algo importante, ya saben que no deben interrumpirme cuando estoy jugando.

—Señor, dispense usted, pero siempre está jugando.

—¿De qué se trata? —preguntó el rey, sin apartar sus ojos del tablero.

—No podemos pagar a los sabios. Hemos calculado lo que piden, y ni reuniendo todas las cosechas de los trigales del reino durante diez años, podríamos juntar la cantidad que resulta de multiplicar los granos de trigo 64 veces.

El rey llamó a los sabios creadores del ajedrez y les dijo que estaba muy contrariado por no poder cumplir con su promesa y les ofreció a cambio un encargo: una máquina inteligente, un aparato que pudiera calcular para no volver a pasar una vergüenza como la que los reunía.

Los sabios se retiraron complacidos de tener un nuevo reto. La reina y sus cortesanas aprendieron a jugar, olvidaron los galanteos y las lisonjas de los hombres, se sintieron libres y felices. La hija del sabio “Silencio” en la soledad de su recámara, sobre el mismo tablero escaqueado y usando sólo los peones, inventó un nuevo juego. Un juego en apariencia más simple, algo más ladino, pero tan profundo, difícil y fascinante como el ajedrez. Por ser invención de una mujer le llamaron el juego de Damas. Ellas gozaban y reñían mientras jugaban. Los hombres se acercaron para ver de qué se trataba y las mujeres los vencieron. De cuando en cuando, atraídos por el juego de las damas, los hombres y las mujeres de Persia volvieron a amarse. Después de muchos meses, al regreso de un viaje por oriente, los sabios aparecieron con el encargo. Le enseñaron al rey un extraño objeto: era un rectángulo de



madera, en el cual unos hilos de cáñamo templados, sostenían extrañas semillas de colores que podían moverse por los hilos que las atravesaban. Parecía un juguete de niños.

—¿Esto qué es? —inquirió el rey.

—Es un ábaco —respondió el sabio más joven. Y explicó enseguida cómo calcular con el artefacto.

El rey preguntó sorprendido a los sabios si aquello era invención humana o divina.

—Digamos que la divinidad, cuando está de humor, se expresa con dádivas extraordinarias. El ajedrez es una de ellas, nosotros no somos más que sus mensajeros.

—Será posible —preguntó el rey—, que algún día se pueda concebir un artefacto inteligente al que le sea posible calcular, y ser un contendor, para jugar con él al ajedrez.

—Eso desafía el misterio y el secreto que la divinidad nos otorgó a través del juego infinito. Cuando jugamos ajedrez, nuestras manos se comunican con el misterio, con el enigma del tiempo, la divinidad está presente en el abismo insondable de sus posibilidades. Su belleza y sus simetrías son obra del creador de las causas, del inventor del azar, del rector de todos los designios. No osemos traspasar su sagrada belleza, que reside en que es el juego del tiempo y del espacio, que, por lo demás, son la materia y el oficio de Dios, puesto por él en las manos del hombre para que juegue a ser Dios y pensándolo bien, para que conozca lo complejo de su tarea.

—Ahora pueden retirarse, entiendo que lo cobrado era una broma para exaltar mi ignorancia. Perdonaré la broma. Y díganme ahora qué desean por el ábaco.

—No podemos pedir retribución por un invento ajeno; el ábaco es un instrumento creado por los chinos con la ayuda de sus dioses, lo único que hicimos fue traerlo ante su señoría.

—Como no fue posible atender lo pedido por la invención del ajedrez, la deuda sigue viva. Pidan algo posible.

El sabio guardo silencio por unos minutos. Luego dijo:

—Pedimos señor, que este juego viva por siempre, que sea el rey de todos los juegos. Que siendo una simulación de la guerra, entretenga a los guerreros y olviden la lucha. También pedimos que le deje tiempo a su señoría para caminar por los bosques con la Reina, como era su costumbre, recordamos que las mejores decisiones que tomó como gobernante fueron luego de aquellos paseos con la Reina. Otra cosa, ahora que se ha aficionado tanto al juego, y que ha descuidado los asuntos del reino, queremos solicitarle que nos permita a nosotros ser gobernantes al menos por unas semanas.

—Eso jamás, gobernar no es asunto de sabios, gobernar es asunto de poderosos. El poder reside en la guerra. La guerra es nuestro juego, y es el destino y la dignidad del pueblo. Desde siempre jugamos y jugaremos a la guerra. Los peones siempre irán al frente de batalla. Ustedes y sus sabidurías no son más que alfiles; trazos en la pizarra a nuestro servicio.

—Entonces lo que voy a pedir, rebasa sus posibilidades, y me temo que su comprensión, señoría: pido a los dioses de esta tierra de guerreros, que cuando Persia ya no exista por cuenta de sus guerras, alguien cuente que fue aquí, por orden de una Reina de ojos luminosos y sonrisa benévola, y asistidos por la gracia de fuerzas superiores, donde creamos el ajedrez. Y que en el futuro lejano, los que habiten el mundo lo recuerden como el juego de la Reina y los sabios de Persia.

Ajedrez

Palabra de origen árabe.

De ella se deriva ajedrezado que es un piso o superficie que combina cuadros claros y oscuros.

Conversación sobre la lectura

- Tema la guerra.

PALABRAS CLAVES:

- El valor de la vida.



VARIACIÓN ALREDEDOR DE “QUE PASE EL ASERRADOR”



Dice don Jesús del Corral en “*Que pase el aserrador*”:

“En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban para la Costa, por los llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche en que estábamos ambos de centinelas las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Mateus.

Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos por entre bosques, sin comer y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo con el cuerpo, como vacas ladronas. ¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acarician a los desertores, y a los quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!...

Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el Conde de Nadal, en el río Nus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas

peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

—Compadre, le grité, ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Nus está muy lejos?

—Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso, pero tengo orden de no pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hace falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

—Ya lo sabía, y por eso he venido: yo soy aserrador; eche la oroya para este lado.

—¿Y el otro? —preguntó, señalando a mi compañero. El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

—Yo no sé de eso; apenas soy peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura, porque estaban lejos los caseríos, o el peligro de la «diana de palos» si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar: ¡Que pase el aserrador!». Hasta aquí don Jesús del Corral.

Soy “el indio boyacense”, el que no pasé. Según el paisa avisado: “un grandísimo majadero”. Voy a contarles lo que sucedió después de que mi compañero de fuga se fuera a buscar fortuna.

Me despedí del “aserrador”, lo vi subir al cajón de la tarabita y volar sobre el río. Me miró con lástima, como se mira al vencido y desapareció. Una vez estuve solo, sentí una paz muy

grande. Feliz de no tener que oír hablar, de tener un poco de silencio. La verdad no tenía tanta hambre como “el aserrador” porque sé distinguir los frutos de la selva; el bosque es una despensa de alimentos. Mientras huíamos yo tomaba frutillas y cogollos y me los comía mientras “el aserrador” hacía muecas y escupía. Nunca estuve herido, ni de espinas de chonta ni de nada y no ando por la selva “como vaca ladrona”. La verdad nunca pasé hambre y la selva me gusta, sobre todo la música de sus ecos. Seguí bajando por el río sin prisa, tranquilo de no tener que llegar a ninguna parte. Libre ya de la guerra, y del paisa. Después de caminar un par de horas percibí que me seguían, entonces traté como pude de encaramarme a una montaña. Allí en medio de la selva descubrí las cavernas del río Nus, son nueve recámaras donde abunda el mármol y hay estalagmitas. Eso queda, luego lo supe, por una vereda que llaman La Mesa, cerca del río Samaná. Y a unas tres jornadas de un poblado llamado Caracolí. Me escondí en la caverna y los que me seguían con perros y todo llegaron hasta la entrada pero no se atrevieron a entrar.

Estuve esa noche y parte del día siguiente entre la caverna y de paso conocí sus secretos: el piso, cubierto por cáscaras de nueces de palmas y semillas de árboles es fresco y bueno para dormir. Los Guácharos viven en la caverna y construyen grandes nidos en los bordes de las paredes. De allí salí y volví a buscar el Nus.

El río tiene un caudal suficiente para ser navegado, sus aguas son claras y muy frescas, de carácter profundo y sosegado. Con una rama de comino y el machete hice un arpón para pescar. Los sábalos son celosos, platean dentro del agua cuando giran, y saben muy bien asados o ahumados. Vagué por la selva desde la luna llena hasta la creciente. Catorce días, creo. Siempre entre los árboles, bajando, siguiendo el río. Una tarde llegué a un descampado, sentí desde lejos el

olor de la leña. Me quedé quietecito para entender. En la otra orilla veía ascender una humareda. Era un humo lento y pobre parecido al rescoldo de una hoguera y se extendía como la niebla por un espacio muy extenso del cielo. La verdad no entendía y la curiosidad me picó. Armado con el arpón me eché al agua y crucé el río transparente. Trepé a un árbol de cedro y ante mis ojos apareció algo muy extraño: cientos de pequeñas colinas humeantes como pirámides de aserrín, de las cuales salía lenta y azul una neblina. Aunque sentí el calor no vi ninguna llama. Aquello no parecía invención humana, todo estaba baldío, no había seres humanos. Asustado, pensé que lo que veía era algo de otro mundo. Me acomodé en una rama gruesa para ver qué pasaba. Pasaron unas horas y no pasó nada. El humo se levantaba como en capas escapando del interior de las pirámides, llovió y la combustión no cesó, después de que escampó el humo se hizo más pesado y lento. Al ver que nadie venía, bajé del árbol, me aproximé y caminé por entre las pirámides tratando de entender. El humo seguía saliendo debajo del aserrín y la humedad de la lluvia hacía oler más fuerte los ripsos de la madera.

Cuando estaba en el centro de aquel lugar vi surgir como de un sueño, entre las brumas del humo a una mujer. Por un momento pensé que era una aparición. Avanzaba hacia mí pero parecía no verme. Me quedé paralizado observando cómo se aproximaba. Cuando estaba tan cerca que extendiendo su brazo podría tocarme, pegó un alarido que resonó en la selva. Casi nos morimos del susto. Los ojos de la joven mujer parecían de lechuza, y su cabello se erizó como el de un gato asustado. Dos minutos después nos estábamos riendo.

—¿Y usted, quién es?

—Un desertor.

—¿Y qué lo trae por acá?

—Me vine huyendo con un paisa que se hizo pasar por

aserrador para que lo recibieran en la mina.

—¿Entonces, anda solo?

—Sí, mejor solo, el pobre no hizo sino quejarse todo el camino.

—¿Y qué busca por acá?

—Nada, me atrajo la curiosidad por saber qué cosa es ésta donde estamos.

—Es una fábrica de carbón.

—Entiendo... ¿Y de quién es?

—De mi padre.

—¿Trabaja aquí?

—Sí, soy la hija del carbonero.

La miré de arriba abajo, ya con el cabello en su lugar y los gestos en calma. Me pareció que tenía la piel tersa y los dientes blanquísimos y sanos. Como hacía tanto no veía mujeres, porque, ya saben; la guerra es de los hombres, se me antojó muy bella.

—¿Y dónde viven?

—Atrás de la carbonera está nuestra casa.

La seguí, caminamos por entre el humo y salimos como de un sueño a la realidad.

La casa estaba encalada, tenía techos de paja y un corredor en el que un hombre dormía en una hamaca.

—Pá.

—Hija.

—Hay un forastero.

El hombre apartó el sombrero que le cubría la cara y me miró con fuerza.

—¿Quién es usted?

—Un desertor de la guerra.

—¿Un cobarde?

—No.

—¿Si no es un cobarde, por qué desertó?

—Tenía miedo de matar, no de morir.

—¿Y qué quiere?

—No quiero nada.

—¿Cómo llegó aquí?

—Bajaba por el río y me dio curiosidad el humo de la carbonera.

El hombre no se levantó de su hamaca. Vi gallinas sueltas, un caballo y un buey. Los pájaros cantaban. El hombre guardó silencio como pensando. Después me miró.

—Hija, venga.

—Sí, pá.

—Dele de comer.

El último sol de la tarde tocó el muro encalado y la pared pareció madurar como un fruto frente a nuestros ojos.

Me dieron comida y alguna ropa para cambiarme. Don Jesús (así se llamaba el padre de Magdalena) no se paraba de la hamaca.

—¿Qué tiene su padre que no se levanta?

—Esta tullido por la enfermedad.

—¿Y quién ve por la casa?

—Yo.

—¿Y su madre?

—Murió.

—¿Quién más vive aquí?

—Mis hermanos, pero no están... se los llevó la guerra.

La noche entró por el lado del río y nos cobijó a todos. Don Jesús comió en el corredor, Magdalena y yo en la cocina. Me colgaron una hamaca vieja pero buena en el corredor de atrás.

Antes del amanecer escuchamos ruido de gente y perros ladrando. Me levanté y salí a ver lo que ocurría. Don Jesús desde su hamaca dijo:

—Seguro vienen a buscarlo: métase a la casa, escóndase en el cuarto de Magdalena.

Desde allí escuchamos:

—Buenos días.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soldados a la orden del General Mateus cazando desertores. ¿Quién es el dueño de esta propiedad?

—Yo.

—¿Ha visto gente extraña merodeando por aquí? Buscamos a dos desertores.

—No, señor, aquí estamos mi única hija y su esposo, que es el que ve por la carbonera y los animales... y yo que estoy inválido.

—Con permiso, vamos a dar un vistazo.

Dos hombres entraron a la habitación y cuando acercaron el mechero Magdalena me abrazó.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó uno de los soldados.

—No, nadie más —respondió Magdalena.

Los soldados pidieron una gallina, panela, carbón y se marcharon.

Cuando ya empezaba a clarear salí al corredor, saludé a don Jesús, él no contestó. Magdalena trajo café y se sentó con nosotros. Nadie decía nada. Un rato después cuando terminó de beber el café don Jesús dijo:

—Ya me oyó: hay mucho que hacer aquí.

Tres meses más tarde murió. Yo me he ido quedando a vivir con Magdalena para que me enseñe a ser de esta tierra. Creo que ella me quiere, así no sea avisado como mi compañero de fuga.

El próximo mes, cuando terminemos de juntar las cincuenta cargas de carbón iremos a cambiarlas por los treinta gramos de oro de las alianzas, seguro que ese día nos mandarán el cajón de la tarabita para pasar...

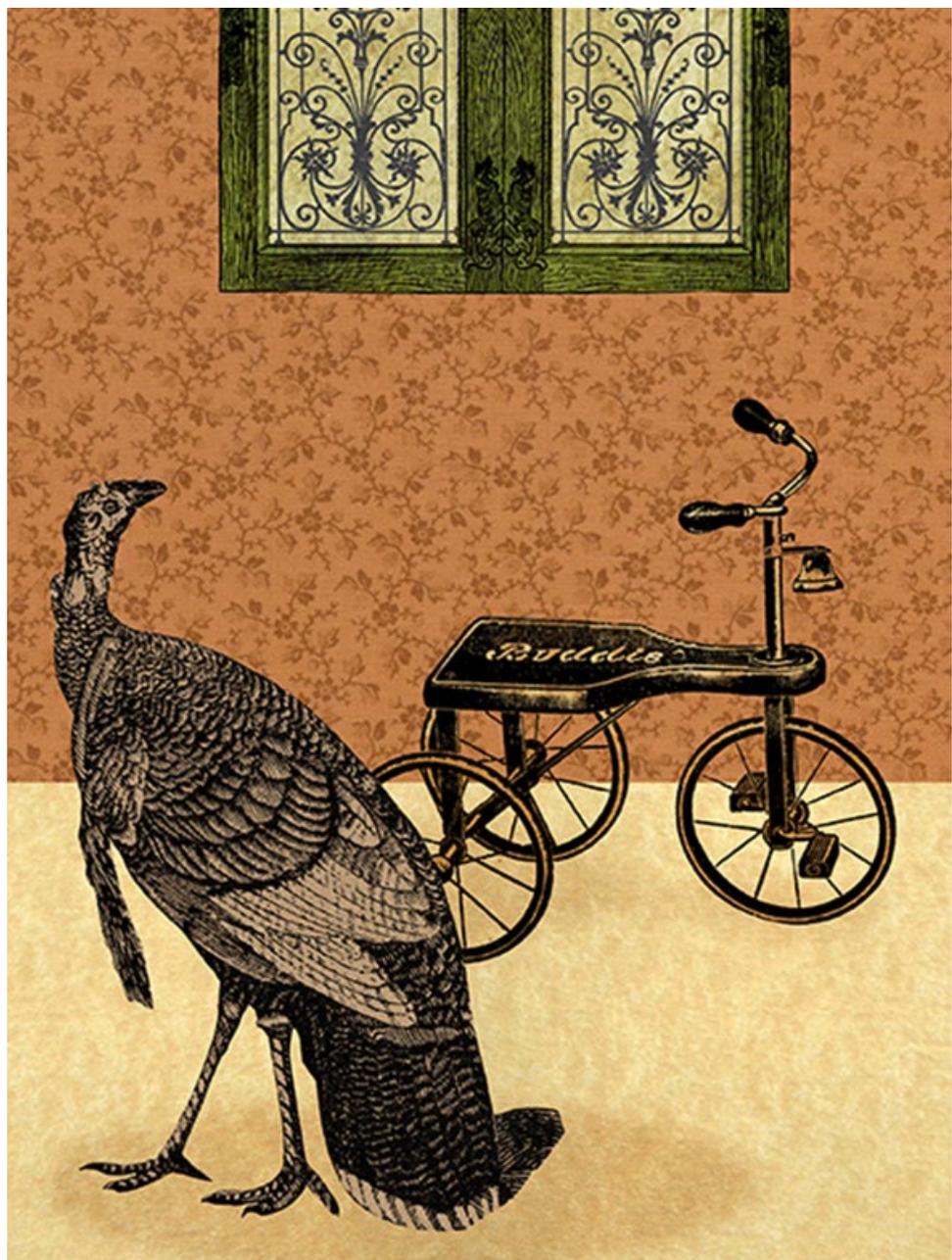
Conversación sobre la lectura

Investigar sobre el cuento original del cual se desprende este.

Que pase el aserrador de Jesús del Corral.

PALABRAS CLAVES:

- Los atajos
- La verdad y la mentira



MATERNIDAD



La familia de Arnulfo fue a pasar las vacaciones en la finca de los abuelos. La primera noche una pava joven (de la especie que cenamos en diciembre) sufrió el ataque de dos perros intrusos. En medio del escándalo del ave todos salieron para ver lo que ocurría. Los perros al sentirse sorprendidos soltaron al malherido animal y se dieron a la fuga.

El niño Arnulfo fue a socorrer a la bimba herida. Había plumas dispersas por el suelo, arrastraba un ala y una pata, parte de sus entrañas colgaban de su vientre sangrante. Alguien sugirió un sacrificio “para que no sufra y no se pierda la carne”, al oír la sugerencia, algo parecido al fiero instinto maternal de las aves domésticas se apoderó de Arnulfo. Enculecado e indignado por la propuesta, rodeó con la torpeza de sus once años a la agónica pava y se dio a tratar de salvar lo que parecía insalvable. La llevó a su habitación contra la voluntad de la madre que había ordenado sacrificarla y enterrarla.

Después de reacomodarle las vísceras, de coserla con hilo y aguja de remendar camisas, y de gastar todo el mer-

tiholate y la hambramicina del botiquín, Arnulfo pasó muchos días embutiendo comida y agua, grano a grano y gota a gota por el guar güero de la pava. La pobre no mostraba voluntad de sobrevivir, parecía un saco de plumas grises, y como mantenía la cabeza bajo una de sus alas no se sabía si aquello era un animal o basura y desorden. Pero no moría. De cuando en cuando, la madre, a escondidas de Arnulfo, entraba y con una escoba tocaba el bulto para saber “si ya”. Del oscuro rincón surgía un estremecimiento acompañado de un gemido pavicorde y la señora se marchaba entre sorprendida y malhumorada por la terquedad de ambos.

Se acabaron las vacaciones y llegó la hora de volver, la pava ni mejoraba ni moría. Arnulfo, por encima de las innumerables razones esgrimidas por la familia, metió a su paciente malherida en un canasto y la llevó entre burlas e improperios, amenazas y ruegos, a su pieza del cuarto piso de un apartamento en unidad cerrada del sur de la ciudad. Allí las relaciones con la familia se hicieron más tensas y su celo por cuidar a la bimba crecía en la misma proporción en la que se veía cuestionado por su madre. Finalmente un día la pava se irguió en su única pata útil y dando extraños y torpes saltos empezó a buscar salir de su encierro. La otra extremidad parecía perdida irremediablemente. Brincaba en una pata como jugando golosa, luego se detenía a descansar.

Un día, a las cinco de la tarde, comenzó titar (los pavos titan) luego, tras extraños revoloteos, trató construir un nido arrancando plumas de su pecho y juntando hebras, papelillos y todo lo que se le antojaba útil a su propósito.

En la finca, antes del ataque de los perros, los intentos del pavo por pisarla habían resultado infructuosos; la bimba aunque estaba dispuesta a recibir sobre su cuerpo al ampuloso y bullanguero pavo, en cuanto él se le trepaba, ella

perdía el equilibrio y terminaban derrumbados, el pavo protestaba resoplando enfurecido, hasta que un día no volvió a intentarlo. Por ello le decían “pa virgen”. La pava virgen terminó su nido y de vez en vez, se echaba en él.

Una mañana, Arnulfo entró a la habitación y la bimba no se levantó, fue a ver qué ocurría y cuando estuvo delante de ella se irguió, dio un salto con su pata y dejó al descubierto un magnífico huevo. Tenía el color gris azulado de una piedra de río. La bimba estaba culeca y se echó a calentar su único huevo. La madre de Arnulfo comentó que perdería la echada pues sus huevos eran hueros.

Arnulfo investigó hasta encontrar la manera de hallar huevos fecundos, con ayuda de la abuela, le enviaron tres huevos de pata de las que habitaban en el lago de la finca, tres huevos de gallina y tres de codorniz, todos fecundos, según le explicó la abuela, lo ayudaba para dar a alguien del más allá, la posibilidad de ser madre. De ese modo la maternidad de la bimba fue satisfecha. Sus grandes hueros y grisazulosos huevos, fueron remplazados por variopintos y multiformes huevos de tres especies de aves de corral. La bimba aceptó tranquila el cambio y con su pico ordenaba y daba vuelta bajo la cálida pechuga a los futuros hijos de su calor. Echada de lado con un ala a medio desplegar en la que se apoyaba, pasó muchos días y noches empollando celosa y paciente sus huevos cambiados. A los catorce días eclosionaron los huevos de codorniz. Unos animalitos tan pequeños que parecían piedrecillas emplumadas, la empleada de la casa los metió en una jaula de pájaros pues, según sabía, de no hacerlo, la bimba abandonaría los otros huevos y se dedicaría a cuidar las codornices. Siguió echada hasta que diez días más tarde eclosionaron los huevos de gallina y finalmente los de pata.

Para ese momento las relaciones familiares estaban en

un punto de tensión máxima. En un arranque de dignidad y racionalidad urbanística y ambiental, la madre de Arnulfo hizo subir a la bimba con todo a su zoológico a la camioneta y se fueron el puente de semana santa para la finca de los abuelos. La pava estaba feliz de poder mostrar a la multi-forme nidada, sus terrenos. Entre saltos, titos y caídas procuraba seguir y controlar a sus hijos. El segundo día los polluelos se atrevieron más lejos y alcanzaron a divisar el lago de los patos. Los tres paticos se enfilaron rumbo al agua y aleteaban de alegría con sus alitas parecidas a muñones incipientes. Cuando llegaron al borde del lago se lanzaron a sus aguas oscuras con una seguridad genética. La bimba daba grandes saltos acompañados de aleteos frenéticos y chillidos desesperados. Cuando llegó al borde del lago las tres motas amarillas se zambullían y jugaban alborozadas en el centro de las aguas. En medio de su desesperación y de su torpeza congénita, la Pava se aventuró en el agua para tratar de salvarlos, al comienzo, desesperada avanzó remando con sus alas un par de metros y luego, empapada, comenzó a sumergirse, los patitos no se dieron por enterados de que su madre se ahogaba. En la orilla los pollitos, ausentes de lo que ocurría buscaban semillas entre la hierba. El mayordomo con la medialuna de bajar los mangos, rescató el cadáver de la bimba, los paticos se quedaron en el lago, los pollitos en el corral y con la pava prepararon la sopa de los perros esa noche.

Arnulfo no quiso cenar y con una convicción profunda, como una sentencia que surgía del fondo de su alma dijo: jamás tendré hijos.

Conversación sobre la lectura

- Maternidad

La **palabra** materno viene del latín maternus, compuesta de mater (madre, de ahí las **palabras** madre y materia) y el sufijo -nus que indica pertenencia y procedencia.

ALGUNAS PALABRAS DERIVADAS SON:

- Maternal

- Alma Mater

- Maternizar

- Instinto maternal

- Palabra clave:

- Maternidad



SOLOS SILBANDO POR LA SELVA

Lo que dijo el viejo chamán sobre sus mayores.



Hijo, me preguntas cómo era esta tierra cuando estábamos solos. Voy a contártelo, me lo contó a mí, mi padre, y a él mi abuelo. Como una canción que viaja en nuestras bocas para decir lo que éramos.

Hace tantas vueltas del sol que puede ser más fácil contar las gotas de la lluvia, vivíamos aquí pero nada era igual. Este gran territorio era diferente. Y más que nada, la vida de quienes vivíamos en él era distinta. Digo vivíamos pues somos una familia.

Sabíamos oír cómo canta el viento entre follajes, saber cómo zarpa la luz de las montañas

Recordar dónde se siembra el agua, aprendíamos la canción de los pájaros. Mirábamos la risa de los peces. Vivíamos allí, donde sin haber nada estaba todo. Un viaje a pie por los siglos y la nieve nos condujo al ají, el oro, la sangre del sol, era un juguete amarillo, duradero, dormíamos bajo la mirada titilante de los dioses. La selva suave revelaba sus secretos, dócil tempestad de vida y de muerte, la cálida tierra lo gobernaba todo, nos libró de los atuendos, desnudos festejamos

las hojas. Aprendimos música en las piedras, en el corazón asustado de los niños, en la forma de los árboles, el viento.

No teníamos, sólo nos teníamos. Había salud en los esteros, catangas donde veloces joyas eran ofrendas para el apetito. Ríos bajando, bajando, lagos repitiendo el paisaje, había plumas, fibras y cortezas. Y maderas más finas que la vida, más duras que la espada, más ingenuas que el hombre, más útiles plantadas, más bellas erguidas, eran faros de aves, señales del camino.

En aquel tiempo, había tiempo, tiempo de lluvias, de soles, de siembra, tiempo de esperar, tiempo de los orfebres, tiempo de sanar, tiempo de la ofrenda, tiempo de tomar lo esperado.

Había tiempo de venir y tiempo de morir.

Aprendíamos, ella observaba, comprendíamos su ritmo, desmesurada, brutal, bondadosa parte de ella éramos, antes del acero antes del torrente de latas y de fierros, antes de la chatarra. Sabíamos mirar, entrar en su silencio, en sus verdes colores, no había nada inútil, hábiles manos trenzando la vida. No había mejor o peor, todos estábamos, éramos bien y mal, sal y miel, sabores todos. Y las noches, morada de otras luces, hamacas suavemente mecidas, acunadas fatigas reposando, frágil poder de los sueños revelando nuevas direcciones por caminos no transitados adivinábamos el pasado.

Veíamos latigazos de plata en la pizarra del cielo, escuchábamos los gritos del aire, el canto de las nubes antes de ser agua. Agua de lluvia, ventiscas, granizos azules, canción de las noches, arrullos del arroyo para el sueño. Sentíamos la lluvia fresca en la sed, la sal en el pez, lluvia, fruta en el alma, llanto en la alegría de la boda, nueva como un regreso. Lluvia de vida, gotas en los humedales, imperios vaporosos volando,

regresando en lluvia. La lluvia era fiesta de los árboles, lágrimas de los músicos en la casa del viento.

Después conocimos el valor de los remos, de esbeltos árboles hicimos caminos sobre el agua, canoas como hojas bajando en la corriente, como leves bocas sonriendo al cielo. De firmes ramas los remos, las manos de roble. Hijo éramos mansas estirpes, gentes de la selva.

Entonces llegaron.

Ante la nitidez de los espejos, ante el encantamiento de los nuevos juguetes, ante el brillo magnífico de los abalorios, y el terror a su pólvora, realizamos los trueques, oro por lágrimas, loros por órdenes, esmeraldas por sífilis, playas por muelles, espadas por cuerpos, manos por murallas, dioses por cruces, cantos por rezos, mujeres por muerte. Todo querían y todo se llevaron. Tomaron cuanto codiciaban, no comprendieron nada. Libre es lo que es de nadie, al llevarse las cosas las mataron, al querer hacerlas suyas ya no fueron. El oro que cambiaron por espejos no les permite verse, ya no son de sí, de quien les ve son pasajeros. Se robaron a sí mismos.

La prisa de su apetito no permitió saber el sabor de nuestras cosas. No supieron qué sabíamos, el secreto intacto. El secreto de las naciones, sólo somos otra hoja que brota, vivamos un instante en la brisa y desprendidos del árbol volvemos suaves al lecho de la tierra para ser suelo, savia, tal vez fruto, entonces pájaro, deseo en los ojos del águila, cumbre, páramo, piedra, flor, otra vez agua.

Una aguja dorada y un cáñamo sagrado han ensartado, han tejido la red. Arenas y relámpagos, farallones y líquenes, insectos, nieve, guayaba, viento, niña, huevo, canto, hoguera de las fiestas. Todo lo que el pecho azul del cielo mira bajo sus días y sus noches. Antes de ellos hijo, antes de ellos, sólo

íbamos solos silbando por la selva.

Cuánto tiempo observando para aprender. Remedando sonidos para hablar con las aves, para hablar con criaturas que cantan en las charcas, para buscar plumajes en las altas alturas de las ramas. Todo era sagrado, uno era todo, todo era uno. Queríamos saber los idiomas del Ajaia ajajá, del Mirlo de agua, de la Corocora, del Pisingo, de la Cairina, del Tucán, Del Ajicero, de la Iguaza, de la Pripa de collar, del Titiribí, de la Silga, del Carriquí, del Parzudakii, del Toche, del Pinche, de la Tangará, del Águila Tijerera, del Cucurucutú, de las Loras azules, de los Alcatraces, de los Martín Pescadores, de los Azulejos. Sabíamos de sus árboles, de sus casas enramadas, compartíamos la mesa: con el guayacán, el chaquiro, el tangare, los guamos, los chanules y guayabos, las chontas, el cacao, los tachuelos y guácimos, las iracas, los yarumos, los madroños, el gualanday, el chachafruto, la chonta, los caobos, el comino, los cedros, el aguacate o los chiminangos. Sí hijo éramos parte del todo, sólo íbamos solos, silbando por la selva.

Llegaron entonces las noches del pavor. Nos arrancaron las joyas del alma. La novia del joven cazador de venados fue cazada, desteñidos pigmentos mercenarios cruzaron su sangre con la desnudez de las orillas.

Solo silbando por la selva iba el joven cazador de venados, recordando los labios de su novia cantaba: ventosa de los pechos, arco del hambre, flauta de las voces, lugar del agua, volcán de los secretos, flor de la sed, casa del canto, celda del silencio, sello de la amistad,

camino de las leyendas, cesto de los besos, cráter de la ira, canta y olvida, canta y olvida. El joven cazador de venados iba silbando solo por la selva.

Inocentes, nítidas, verdes hojas del rito. De la amistad amigas, de la pausa. De sabios padres compañeras. Dóciles...

en la fatiga habladas. Verdes, luminosas, eran parte de todo acogimiento. Presente del saludo, bien de la partida, inocentes hojas de las horas. Cristales hoy apresurando la prisa del presente. Hojas de ayer que ahora son piedra, lastre de las tormentas, frenesí de las luces, huida de la meta detenida. La inocente hoja verde clara ha perdido el color de nuestra amistad.

En aquel tiempo todo vivía, todo respiraba, incluso ahora si aguzas tus sentidos podrás percibir que palpita la piedra, suda la arena, el agua canta, verdes imperios proliferan, sabaLEAN las hojas sumergidas. Por el Caracolí inmenso, el tucán pasa a tiempo. En el pantano la vida. La nutria madre juega a ser hija, aquí el agua sabe a aire, el aire a luz, la luz sabe azul en las montañas.

Podíamos descender, descender por los ríos como el agua, y ser cauce, rumor, rápido o remanso. Dejarse ir en la balsa, seguir siendo silencio, sombra en el agua, mar nacido en la guadua. Rodando sobre el oro sumergido en el balsaje de los bogas, sabios de los recodos y los meandros, amigos de los peces titilantes. Ser remanso, nevado que baja, que bebe el jaguar en las orillas, mientras una niña hace ondas en el cauce sereno y guarda la luna al lado de su fiambre. Bajábamos y volábamos sobre el lecho, en la alfombra gramínea, sobre la sangre de Los Andes y seguíamos en fuga, hacia el calor donde el agua regresa vaporosa a ser nube y otra vez nevado y música líquida sobre la que navegaremos otra tarde.

Hijo, si algún día adivinas el pasado y olvidas el presente, sabrás que fuimos milagro.

La tierra será honrada y nueva. Acogerá los naturales decesos del secreto equilibrio, la muerte será dócil, será grata, la vida discurrirá entre las manos como una marcha fresca,

como un juguete de gozo y de cuidado; dulce, ácida, olorosa, picante, reposada, veloz y sosegada. Es de la muerte la vida, generosa la muerte nos la presta, somos quizás la única risa en el vasto silencio mineral del universo, la vida, el agua, la madera, también están prestadas, tenemos el sagrado encargo de su causa. En el infinito desierto estelar somos milagro; las únicas criaturas en la noche del cosmos que podemos soñar bajo el brillo de los astros.

Si al menos lo supieran. Somos una sola, sola gran, única familia. Hermanos el insecto y la mojarra, fragancia de la orquídea, mirada del búho, sonido de la flauta, musgo del páramo, delfín rosado, lluvia de la tarde, hoguera en la noche, risa del niño, corazón de los montes, tormenta de granizo, muchacha Catatumbo, chontaduro maduro. Y los pájaros, hermanos de las hojas, somos agua, de la piedra pintores, silentes silbos en la selva. Suaves semillas en el vuelo, sabemos los olores del agua, los colores del viento, de la música clara en la peña estallada. Somos una gota en la extensa tempestad.

Hijo antes de morir debo decirte que algún día, cuando la mansa majestad de la selva sea de las mariposas, y comprendamos lo inútil de las utilidades, y que somos huéspedes transitorios de esta gota azul, tal vez ese día la humildad nos asista y nos salve. Y podamos dar la gran noticia.

Será tal vez un palabrero el que nos contará:

“Había ardido mucho tiempo el verano. Al caer la primera lluvia los peñascos estaban tan secos que al ser tocados por el agua producían sonidos extraños crepitaciones húmedas cantos de arenisca, música mineral. Las piedras brillaron, las hojas se mecían en la danza del viento, algunas se lanzaban desde los altos palcos de las ramas al escenario terrestre en donde la tierra bebía y bebía, sedienta y feliz y satisfecha. Todo tenía el aire de un acontecimiento. Asistían los tímidos

hierbajos, las escasas presencias animales, los guijarros, las rocas, al gran lanzamiento del agua. Después de tantos años de reseca, agónica vida, la tormenta fue una fiesta de rayos móviles de truenos redoblantes de ventisca oscilante. Y el agua, el agua corría y volada, besaba y huía, anegaba fresca, reía, brillaba en la noche, ante los relámpagos de la tempestad y la orquesta del cielo. La tierra feliz bailaba”.

También hijo debo contarte que en aquellos tiempos había príncipes, y que algunos reyes cantaron a las flores. Preguntaron a la noche. Escrutaron la danza de los astros y convocaron el poder de los orfebres. Y en la filigrana del tiempo intentaron comprender su maña, su bondad silenciosa. Trataban de saber sobre su imperio, en donde todos florecíamos, en la mansedumbre, en el deleite de la vida, en los arduos farallones, en esteros magníficos, en el secreto de un mundo de vivientes formas agitadas, sin dominio de nadie, allí todos éramos bondad de no prevalecer, solo de ser.

No había objetos, sólo dádivas y hallazgos, rito, canto, destrezas, pocos saberes, menos poderes, presagios, deseos y decesos, espera, alumbramientos, sigilo, suaves cálidas pisadas sobre la alfombra estremecida.

Mamíferos. Hamacas. Bellos durmientes del péndulo tejido. Cosa ninguna. Sólo seres trenzados jugando a la gentil gentileza. Nuestros pasos leves, suaves, descalzos transitorios, como el vuelo invisibles, único rastro es la vida, nuestros hijos y su callada palabra. La montaña nos sube, el río nos baja. Cuando vean el rastro del vuelo al que aspiran nuestros ojos, habrán comprendido, verán la huella de la fuga del pez en el estanque. Oirán desde la montaña el canto de cuna de las yubartas. En la extensa soledad de las aguas morirán las ciudades, grandes escombreras en donde la vida quedó registrada, en libros y fotografías. Sin olor, sin pulso, sin sabores.

Grandes cementerios ilustrados. Recuerdo cuando sólo éramos, cuando sólo íbamos, solos silbando por la selva.

Recuerda hijo que en el principio:

“... sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y calmo. No había nada dotado de existencia”.

Hijo diles que antes del fin deben comprender. Diles que si al menos fueran menos, tal vez seríamos posibles. Diles que la casa mayor ha de cerrar sus puertas y que la voraz estirpe del hombre debe detenerse, debe mirar al sur. Comprender su estridente fracaso: la ruina de lo humano, la victoria de las cacharrerías, la ciega y doblegada masa marcha aturdida, ahíta de basura nuevecita, inútiles enseres que viajan del esplendor de las vitrinas al monte de los desechos. Basuraleza.

Si al menos no acosaran los árboles. Aire del sur, agua del sur, sólo déjennos solos, en nuestro silencio, extraviados en el rito, ausentes del progreso, en el mínimo gozo de estar vivos, descifrando la tierra y lo que en ella habita. La sagrada noche es nuestra casa, el día ya una fiesta, no precisamos tener; todo lo tenemos, libres del lastre de las cosas en el libre albedrío de las tribus. Nómadas, pescadores, colectando las dádivas, ofrendas del estero, manglares donde todo está servido, torsos desnudos que el aire acaricia, presentes, tristes o felices...

Solos, solos silbando por la selva.

TEMA:

- Medio ambiente

Conversación sobre la lectura

- Tema la tierra y su cuidado.

PALABRA CLAVE:

- Agua.



LA RIFA



Adolfo tiene cuatro años. Es domingo y sus padres se han levantado con ganas de salir al parque. El niño duerme, la madre no quiere despertarlo, pues es día de fiesta. El padre lee los diarios, hay silencio y paz en la suave mañana. La luz entra en diagonales por la ventana, un rayo de sol toca el fino cabello, un movimiento bajo las mantas y dos ojos claros se abren, traen al niño de su sueño y lo dejan en la mañana del domingo.

El desayuno en la cocina avanza: frutas solferinas dispuestas en cascos sobre platos azules, fragantes tazas de café, la leche cuajada Martona de la estancia de los abuelos, hojaldres dulces, quesos amarillos, zumo de pomelo... El niño ríe. Vestidos para el domingo salen de la casa.

En el parque hay un festival. Los padres se preguntan por algo que agrade al niño, para verlo reír, para gozar con su gozo. Avanzan por los jardines mirando las ventas de confites; mentas de colores, chocolates con forma de animales, de monedas y bastones de azúcar. Luego, cerca de la fuente, en la glorieta, están las diversiones: la calesita, los juegos de destreza, el tiro al blanco.

El padre del niño ensaya a lanzar los aros dentro de las botellas, cinco aros; si pasa uno por el cuello de una botella

se la gana. No hay suerte, tampoco mucho tino... es la verdad. Más allá están los animales domésticos: gazapos, palomas, gatitos... los cachorros. El niño ve los gazapos, sigue sin reparar en la jaula de las aves, duda ante los gatos y se precipita al lugar de los cachorros.

El vendedor de mascotas se complace con la emoción del niño, los padres le dejan acariciar uno, el niño mira suplicante a su madre, ella mueve la cabeza, entonces mira a su padre, el padre alza las cejas y mira a la madre. Marta, la madre, se inclina, toma al perrito color té claro y lo devuelve al vendedor de mascotas. El niño llora mientras mira al perrito, el cachorro mira al niño y mueve la cabeza hacia un lado, parpadea, emite un sonido de cachorra solidaridad y le sigue mirando. Los claros ojos de los cuatro años de Adolfo están llenos de lágrimas. El padre lo toma y lo eleva por el aire para consolarlo. Acaballa al niño en sus hombros y se alejan del prado de los cachorros.

En una banca del parque, Marta ofrece, a modo de consuelo, un animalito de chocolate; el niño lo rechaza con enfado. Suspiros como atascos del alma salen del fondo de su niñez. La mañana sigue su ascenso por el cielo despejado, en los juegos del parque el niño olvida por momentos al perrito. Un paseo en coche tirado por caballos.

El olor de los caballos mitiga la congoja del niño. Marta y Adolfo suben a la carreta. Adolfo —el padre— los despide con un movimiento de coger de la mano. El ruido de los cascos sobre el asfalto borra la tristeza, el movimiento de la carreta es una danza que sigue la música de los cuatro cascos. Calmada la amargura por el perrito, el día caluroso parece culminar su ascenso. La carreta se detiene a un lado del jardín de los cachorros. Antes de descender, Adolfo ve entre el tumulto de alegría de los perritos, al de color té claro.

No dice nada. Sólo un suspiro resignado y silencio. Al descender, el cochero le entrega al padre una boleta para la

rifa de una mascota. La boleta no tiene costo, es una cortesía.

El padre pregunta:

—¿Cómo juega?

—Hay un número al respaldo, 023.

La madre se aproxima para escuchar.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que nos han obsequiado una boleta para una rifa.

El cochero pregunta el nombre del niño.

—Adolfo Bioy Casares.

El cochero lo apunta en la contraseña. La familia se aleja hacia los puestos de comida. Un helado de chocolate con chispas de menta, una cerveza helada con maní, un zumo de naranja y panecillos. El día se inclina hacia la tarde, tendidos sobre la grama, una leve siesta cruza el sosiego del domingo.

El ruido de un megáfono disipa la ensoñación vespertina. Es la hora de la rifa.

—Los niños que tengan boleta para la rifa, por favor acercarse: en unos momentos se hará el sorteo.

El padre se incorpora, y sin mirar a la madre, toma al niño de la mano y se dirige hacia el origen del bullicio, del llamado. La madre protesta.

—Pero Adolfo, ¿qué hacés?

Sin contestar, sin mirar atrás, Adolfo se mete entre la gente que está agolpándose frente a una tarima. El niño pide que lo carguen para poder ver. Desde la altura de los hombros de su padre y sobre la grama dorada por el sol azafrán de la tarde, ve los cachorros que juegan, que simulan ataques, se tumban, y ríen, tocados por la luz enrojecida parecen más hermosos... casi como recuerdos. Los ojos del niño buscan al perrito. Lo encuentran distraído del amor, del impulso, de la hermandad de las criaturas que los une. Otro atasco del alma florece en la altura del padre. Viene el sorteo.

Marta, la madre, trata de apartar a sus hombres del lugar, pero no lo consigue. El señor de las mascotas llama a una niña para que saque de una bolsa de paño verde el número ganador. La niña pasa de brazo en brazo, volando por la tarde. La luz vibra. Sobre la tarima, la mano pequeña busca en el fondo un papelito, saca varios, le piden que lo vuelva a hacer. Vuelve la mano a la bolsa y sale de ella con un papelito pegado en los dedos. El hombre de las mascotas lo toma y lee:

—023... el niño Adolfo Bioy Casares ha ganado un cachorro. Felicitaciones, puede acercarse y escogerlo.

Los padres se miran un instante y en esa mirada hay un diálogo tenso. El hombre de las mascotas vuelve a llamar.

—Si se encuentra presente el niño Adolfo Bioy Casares, por favor acercarse con uno de sus padres.

El niño pregunta:

—¿Qué pasa, por qué me llaman?

—Hijo, te has ganado un cachorro.

El padre se abre paso con el niño izado en la altura de sus brazos y lo aterriza en el prado de los cachorros, el perrito color té claro viene corriendo hacia el niño. El padre entrega la contraseña al hombre de las mascotas, Marta observa entre complacida y confusa. Las dos infancias se entregan una a la otra, felices en la sagrada verdad de su causa, la de festejar la vida, la de celebrar florecer. El niño siente el dulce aliento del cachorro, el perrito siente los aromas del niño. La suave fragancia de la infancia sella el vínculo y el ánimo de los juegos los posee. Los padres que querían gozar viendo gozar a su hijo, se confunden. El día llega hasta el frente de la noche y se enciende antes de extinguirse.

Es hora de volver a casa.

Abrazados padre, niño y cachorro abandonan el parque, la madre los sigue. En casa un poco de leche tibia para el nuevo habitante y una papilla para Adolfito. En la habitación,

sobre las mantas sin tender de la mañana, fundidos en el placer de su hermandad, las dos criaturas son vencidas por el sueño. Los padres cenan en la cocina, una amarga discusión borra de un golpe el hermoso día; Adolfo el padre dice:

—Si hacés eso, el niño va a creer que todo es absurdo.

Marta, sin responder, se retira con determinación hacia su alcoba. Al despertar en la mañana, el niño mira a su alrededor buscando al cachorro. No lo ve en la habitación, se levanta y va a buscarlo por la casa. Nada. Entra en la cocina, el padre lee los diarios. Pregunta por su perrito.

—Hablá con tu madre.

Adolfito busca a su madre, la encuentra frente al tocador de tres espejos peinándose. El niño la mira a través de una de las lunas del espejo, le pregunta si ha visto a su cachorro. Desde otra luna, su madre lo mira y le dice que debe contarle algo: que no hay ningún cachorro.

—Has dormido mucho y mientras dormías soñabas. Soñabas que íbamos al parque, que era domingo, que había un festival, que comías un helado de chocolate con chispas de menta, que había un señor con muchos cachorros. Soñaste que dabas un paseo en la carreta de los caballos, que por la tarde rifaban un perrito y soñaste que te habías ganado uno color té claro.

El niño se apartó de la luna en que hablaba la madre y buscó al padre en la cocina. Mirando el salpicado de la leche dejado por el cachorro en el suelo, dijo:

—Hola papá, anoche soñé que íbamos al parque, que me dormía sobre la hierba y allí soñé otro sueño... y ese sueño era verdad.

Mascota

Persona, animal o cosa que sirve de talismán, que trae buena suerte. ... Animal de compañía. Tienda de mascotas. Sobre su origen, existen varias teorías, pero la más aceptada dice que la palabra Mascota proviene del termino francés Mascotte, cuyo significado es amuleto.

Conversación sobre la lectura.

PALABRAS CLAVE:

- Realidad.
- Ingenuidad



RECREACIÓN DE UN CUENTO DEL SIGLO XII



Lo que vamos a saber hoy ocurrió hace muchísimos años, en el 1.223, en una ciudad en donde existió el mayor tesoro de la antigüedad: la Biblioteca de Alejandría. Allí en el barrio de los Sarracenos vendían manjares exquisitos.

Un día lunes, un panadero Sarraceno, que tenía por nombre Fabra, se hallaba en su panadería, cuando llegó un muchacho mendigo que no tenía para comprar un pan. El mendigo esperó en la puerta a que sacaran los panes del horno y cuando los pusieron en las canastas para venderlos, se acercó al pan y con profunda concentración, comenzó a olfatear el aroma de los panes recién horneados.

El señor Fabra observó al muchacho que cerraba los ojos y en una actitud casi mística aspiraba con gran deleite el aroma de sus panes, por un momento se sintió alagado por el placer que proporcionaba su pan, y casi sonríe. Pero le pareció que el mendigo estorbaba la venta de los panes. Y su avaricia venció a su vanidad.

—Págame lo que has tomado de mis panes. —Dijo Fabra al mendigo.

El mendigo se quedó mirando desconcertado al pana-

dero, y con dignidad respondió

–No he tomado de tu pan otra cosa que el aroma.

–Pero lo has tomado y lo que has olido es mío, y por ello debes pagarme.

–No pagaré algo que está en el aire, eres tan mezquino que un día cobrarás por el aire que respiramos al pasar por tu calle.

–Debes saber mendigo miserable que el aroma de los panes con que te deleitas es el resultado de mi trabajo y del buen trigo que siembro, y de la mantequilla que produce la leche de mis cabras, y de las especias que compro, y de la masa que amasan mis panaderas, ah, y del horno que los hornea.

–Yo, señor, no pagaré, pues no tomo nada, solo los aromas. Como no tengo para un pan, me consuela el aroma de sus panes cuando salen del horno. Y repito: no pagaré nada por algo inexistente.

–¡Claro que existe! Es el aroma de mis panes.

El mendigo hizo un ademán de silencio, volvió a la cesta y aspiró con placer, metiendo sus narices en la canasta de los panes.

Luego dijo:

–Allí están todos sus panes. Y quiero que sepa que su olor agradable no logra alimentarme ni mitiga el hambre que tengo.

–¡Cada que los huelas deberás pagarme! –gritó el Señor Fabra.

–No pagaré nada por algo que no puede tocarse.

Tanta fue la disputa, y los alegatos entre el panadero y el mendigo que el Señor Fabra llamó a la autoridad máxima de las leyes de Alejandría.

Después de muchas querellas la disputa llamó la atención

de los pobladores y se instaló el juicio. Y comenzaron los alegatos de las partes.

Al juicio lo llamaron: “Disputa sobre el valor del aroma de los panes”.

Todos los que intervendrían en el juicio se instalaron en la plaza de la ciudad y ante el pueblo reunido por la curiosidad, comenzó el alegato:

La parte que representaba al Pandero Fabra dijo:

–El aroma está unido al manjar y de él depende, y se genera de sus propiedades, y este hombre está para vender su pan, y quien toma algo de él debe pagar, pues el aroma es parte del pan pues de él proviene y sin pan no hay aroma.

La defensa del mendigo argumentó:

–El aroma no es del panadero pues no se puede retener, ni pesar ni medir, se convierte en olor evanescente como el perfume de las damas, si seguimos los caprichos del panadero terminaremos pagando por los aromas que producen las cocinas y por el perfume de las flores; mi opinión es que el aroma del pan carece de sustancia y de propiedad útil; y por ello no debe pagarse.

Hubo muchos pareceres y opiniones; finalmente al jurado de aquel juicio fue llamado a votar. La mitad votó a favor del mendigo y mitad en favor del panadero.

Ante este empate los jueces llamaron al sabio de Alejandría:

El hombre era lento y silencioso; escuchó a las partes, no hizo ninguna pregunta, se arrimó a la canasta de los panes, aspiró con placer el aroma y tomó asiento.

Luego llamó al mendigo y le dijo algo al oído.

Después dio su veredicto en tono pausado y sereno.

–Queridos señores, he escuchado con atención esta ardua disputa. Y he aquí lo que considero justo y equitativo.

Sí, es verdad que nuestro panadero hace el pan que todos disfrutamos y que de lo que en este juicio se trata es de saber si el mendigo del barrio de los Sarracenos debe pagar por lo que toma. He meditado con cuidado el asunto y considero que sí debe pagar. Y pagará ahora mismo por todo el aroma de los panes del buen Fabra. Puesto que éste está para vender su pan y el señor mendigo toma de él lo intangible, es decir: su aroma; ordeno pues al mendigo que saqué aquí y ahora su bolsa de monedas.

El mendigo aterrado trató de esconderla. El Señor Fabrá gritó:

–Si ve señoría, él tiene con qué pagarme.

–¡Silencio! –dijo el juez.

El mendigo llevó ante el sabio su bolsa de monedas.

Y este ordenó a viva voz:

–Ve y acerca la bolsa al Señor Fabra.

El mendigo con el rostro entristecido llegó hasta el panadero.

El sabio le dijo:

–Ponla bien cerca del oído del creador de los aromas que aspiras.

El mendigo obedeció

–Ahora hazla sonar:

y que la música, de tus monedas que tanto gusta al Señor Fabra, pague el aroma que tomas de sus panes.

Aroma

Palabras derivadas:

- Aromático
- Aromatizar
- Aromo (árbol)

Conversación sobre la lectura.

PALABRAS CLAVES

- El valor de lo inmaterial.

Si nos preguntamos en donde reside la fuerza y verdad de lo que escribieron estos niños podríamos decir que en la aceptación plena de lo que se les propuso. Si se trata de escribir a Dios, hay que aceptar que Dios es alguien con quien se puede entablar un dialogo, alguien a quien preguntar, un igual diferente. Y entonces suceden con sencillez las preguntas más tranquilas y más atrevidas.

Igual ocurre con los niños a los que se les propone definir el significado de las palabras.

Ellos son investidos del poder para definir lo que significan palabras que conocen y desde su experiencia las definen y producen al hacerlo una interpretación y una idea nueva sobre la palabra.

El lenguaje literario no pertenece a lo obvio ni a lo lógico ni a lo correcto. El lenguaje literario abre caminos, explora sentidos, y sobre todo toma riesgos que otros lenguajes no aceptarían.

José Zuleta Ortiz